

La maternidad en las novelas de Adalberto Ortiz

Heanon M. Wilkins, Universidad de Miami, Oxford

A pesar de que los protagonistas principales son hombres en las novelas de Adalberto Ortiz y se les dan un desarrollo más cuidadoso, detallado y creíble, muchos de los personajes secundarios son mujeres y por la mayor parte se retratan en los típicos y más frecuentes papeles de madres, amantes y esposas. Las más veces los personajes femeninos son nada más que títeres en una farsa sin fin de honor y machismo y se representan como objetos sexuales deshumanizados por hombres lujuriosos y egocéntricos interesados sólo en satisfacer su hambre y apetito por el sexo carnal. También casi sin excepción las madres, y figuras maternas son personajes trágicos y malhadados que luchan contra fuerzas malignas y circunstancias aplastantes. Tales personajes forman parte del tema de la maternidad que se explora y analiza en la presente ponencia.

Por lo general las mujeres en las novelas de Ortiz vienen de moldes que sólo producen gemelos homólogos del mismo desarrollo unidimensional.¹ Lo que se propone en este estudio es interpretar y explicar las presentaciones y papeles de las mujeres sin dejar de incluir también especulación y conjetura. Es de esperar que tal método resulte en darles más dimensiones y perspectivas a los personajes femeninos de Ortiz.

Para empezar se debe recordar el comentario cínico en *El espejo y la ventana* sobre el nacimiento que ‘en definitiva, no es más que una pesada broma que le gastan a uno, con esto de traerlo a la vida manipulada por hilos inconsútiles’.² Este comentario aparece al final de la descripción ilusoria y provocativa de la vida intrauterina en la cual existía Mauro, hijo de Elvira. Después se leen la versión real sobre el nacimiento de Mauro y los informes sobre las circunstancias precedentes, las cuales tendrán mucho efecto no sólo en cuanto a la actitud materna de la madre sino también en cuanto a la vida y destino del hijo. La verdad es que el comentario cínico ya citado puede ser preludio para las descripciones de casi todas las madres en este análisis del tema de la maternidad en *Juyungo*³ y en *El espejo y la ventana* de Adalberto Ortiz.

El término ‘maternidad’ se desarrolló como un concepto durante la era victoriana cuando se consideró una representación del estado de ser madre o de hacer el papel de madre.⁴ En la presente ponencia se usa el concepto de maternidad en el sentido de servir de madre a un bebé o a un individuo débil y desamparado.⁵ También se asocia el concepto con la idea del instinto maternal o mejor dicho ‘esos impulsos interiores que incitan a las mujeres a cuidar a sus hijos’.⁶ Además de las madres reales

(biológicas) que sirven de madres, otras mujeres y aun padres y otros hombres pueden hacer esta función.

El espejo y la ventana trata de la vida de Mauro Lemos desde su nacimiento hasta llegar a ser adulto. Elvira, su madre, se retrata de manera ambigua, es decir a veces parece ser muy cariñosa y amorosa para con su hijo pero otras veces parece ser apartada, fría y casi inconsciente de la responsabilidad de ser madre. Ella pasaba mucho tiempo leyendo y releiendo libros románticos 'que la conmovían, unas veces en silencio, y otras, con voz declamatoria al encontrar pasajes melodramáticos' (*Espejo*, p. 20). Más tarde Elvira se preocupaba con el misticismo y pasaba mucho tiempo oyendo misa y comulgando cada domingo. Como si tratara de escapar de la vida real y de su papel materno, Elvira se sumergió cada vez más con mayor ardor en el misticismo. En fin, un día Elvira salió de la casa abandonando a Mauro para entrar en un convento con ganas de hacerse monja.

Para poner en perspectiva la conducta y actitud de Elvira, hay que darse cuenta de las circunstancias anteriores al nacimiento de Mauro. Durante su preñez, Elvira atravesaba 'una angustiosa etapa de celos' (*Espejo*, p. 10). Por otra parte sufría al comprobar las infidelidades de su marido y sentía 'ese aburrimiento que venía, de cuando en cuando, a la vida conyugal' (*Espejo*, p. 10). Irónicamente el nacimiento de Mauro fue celebrado con el bombardeo de la ciudad y se lee como un anuncio profético el relato de la primera granada disparada que cayó destruyendo la casa comercial de los padres de Elvira y a la vez presagiando el destino de Mauro. Se puede decir también que al mismo tiempo todos los fenómenos tenían algo que ver con el destino de Elvira misma. En vez de hacerse monja Elvira da de luz a una hija, se divorcia de su primer marido y luego vuelve a casarse. Desgraciadamente, ella ha de sufrir el encarcelamiento de su hijo Mauro además de su intento de suicidarse. Mientras Mauro yace en un coma en el hospital, Elvira, consciente de su fracaso como madre, acepta la culpa y lamenta por no haber criado ni cuidado bien a su hijo. En una ocasión anterior ella quería compensarle por la falta de cariño materno (*Espejo*, p. 160). Mauro al recordar su niñez describe el 'hambre constante, languidez enfermiza e irrefrenables deseos de llorar' (*Espejo*, p. 18). Junto con las circunstancias anteriores que rodeaban el nacimiento de Mauro, aunque Ortiz no ofrece explicaciones, es la posibilidad de que el efecto acumulativo causara un tipo de extendida y grave depresión postnatal la cual podría explicar la actitud ambigua de Elvira hacia la maternidad.⁷

Otras personas que servían de madres a Mauro eran Ruth y Delia, hermanas de Elvira. Las dos consideraban a Mauro su hijo más que su sobrino y, aun cuando Elvira vivía en casa, se sentían responsables por cuidar y criar a Mauro. Sin embargo doña Luz de Calderón, la madre de Elvira, Ruth, y Delia, principalmente asume la responsabilidad de servir

de madre a Mauro; también ella se encargó de su enseñanza religiosa y lo llevaba a la iglesia. Doña Luz era sin duda alguna la figura de autoridad para toda la familia siendo que no había hombres en la casa hasta que volvieron los hijos, Roberto y Joaquín de la guerra.⁸ Según Mauro su abuela era muy irascible y frecuentemente mostraba su mal humor. Pero al contrario, ‘su rabia era fugaz como la llama de caña de guadúa seca’ (*Espejo*, p. 24).

De todas las protagonistas, doña Luz es más desarrollada y además de ser autoritaria se describe como resuelta, obstinada y ambiciosa o en términos más pintorescos doña Luz es una madre dominante cuyo ‘bravo corazón severo’ y ‘temperamento sanguíneo’ (*Espejo*, p. 18) son ecos resonantes de Bernarda Alba, la creación inolvidable del dramaturgo y poeta, Federico García Lorca. Igual que Bernarda, doña Luz está preocupada por la honra de la familia puesto que aquélla queda tan precariamente en las manos de sus tres hijas, quienes, según su naturaleza, son vulnerables a los ardides y las estratagemas de los hombres depredadores. Luis Leal, al comentar los arquetipos femeninos en la literatura mexicana, observa que la caracterización de las mujeres ‘ha sido influenciada profundamente por dos arquetipos presentes en la psique mexicana: la mujer que ha guardado su virginidad y la otra que la ha perdido’.⁹ El citado comentario puede aplicarse a otras literaturas también, y en cuanto a las hijas de doña Luz, la aplicación es obvia. Además de tratar de preservar la honra de la familia, doña Luz se esfuerza por mejorar la situación económica de su familia. Ella firmemente cree que el dinero es poder; o más bien como ella misma afirma: ‘Sin dinero no hay grandeza ni nobleza. La plata es la caballera, la plata es la buenamoza’ (*Espejo*, p. 18). Es sorprendente que más tarde cuando doña Luz vuelve a su ciudad natal, la hija, Ruth, antes una entretenida, asuma el mando, el papel de madre en la familia.

Tal vez Ortiz sugiere o más bien evoca referencias alegóricas y míticas que se encuentran en la tradición occidental del tropo de la reproducción materna como un instrumento horrendo de discordia.¹⁰ En cuanto a doña Luz, digamos que ella representa inconscientemente otra fuente de todo lo mal que le ha sucedido a la familia. Es decir, desde el útero de doña Luz ha surgido caos por haberse casado ella con un negro. Es fácil que aquí se resuenen ecos de las leyendas y novelas del siglo XIX en los Estados Unidos que trataban del tema del entrecruzamiento de razas, especialmente negros y blancos y la serie resultante de ‘mujer mala/madre/útero’.¹¹ Una vez cuando Delia dudaba la existencia de Dios por toda la injusticia y maldad del mundo, doña Luz le rogó que no atrayera desgracia sobre esa casa (*Espejo*, p. 114). En otra ocasión al volver Elvira a casa después de varios años ausente, doña Luz la vio con una niña y dándose cuenta de que ella no se había hecho monja lamentó “¡Maldito vientre el mío! ¡Solamente he parido hijas perdidas! ¡En qué mala hora salí de mi pueblo!” (*Espejo*, p. 131). Este lamento y aquel ruego nos recuerdan y

subrayan el análisis anterior sobre el mal agüero que se asocia con el útero y la reproducción.

Ascensión Lastre, el protagonista principal en *Juyungo*, lleva una memoria limitada aunque bastante positiva de su madre real.¹² Sin embargo, Ortiz fortifica y destaca los escasos pero agradables sentimientos de Ascensión contrastando el asco y odio que la madrastra provoca no solamente de parte del héroe sino también de nosotros, los lectores. Filtrado por los ojos y la perspectiva de Ascensión se transmite el cuadro o más bien caricatura de su madrastra cuyos espirales de pelo zambo ‘la hacían más cabezona’ (*Juyungo*, p. 16), y el muchacho mira con desaprobación la barriga cuyo tamaño revelaba una etapa avanzada de embarazo. Ascensión no puede aceptar a esta mujer, esta intrusa que ahora ‘sustituía a su difunta mamá, y le parecía mala. No la quería nadita, ella tampoco a él’ (*Juyungo*, p. 16). De un modo u otro parece que la actual pobreza y el escualor junto con el constante problema del hambre que presencia Ascensión resultan ajenos a aquel tiempo cuando su madre real vivía y cuando su mundo había sido mejor.

Después de que el padre de Ascensión lo había apaleado y dejado sin conocimiento en el bosque, Ascensión acepta la primera oportunidad de escapar de su miserable existencia. El finge ser huérfano desamparado y solo en el mundo y se imagina el siguiente cambio de fortuna: “No más cabezota de la preñada ni bubas del viejo. No más hambruna ni palos. Como en el cuento que echaba su mamá: ‘salió a correr mucho. Anda que anda, anda que anda, anda que anda. Andar y más andar y más andar” (*Juyungo*, p. 23). El primer guía de Ascensión es Cástulo Canchingre, quien no sólo sirve de mentor o amo según la tradición picaresca, sino también desempeña el papel de una figura materna (padre, amigo, pariente). Cástulo Canchingre evoca al ciego, el primer guía y amo de Lazarillo de Tormes.¹³ Además, Canchingre lleva un defecto físico; el jorobado. Los dos Ascensión y Lazarillo están en deuda con sus amos por haberles dado una educación práctica y una presentación al mundo real. El mentor de Ascensión le fascinaba con anécdotas vivas, o verdaderas o inventadas.¹⁴ (Wilkins 319). En su relato de la influencia que Canchingre ejercía sobre el impresionable Ascensión, Ortiz escribe: “Entre la ficción y la vida nómada, preñada de incidente, asaz peligrosa, corría el chorro formativo del niño negro” (*Juyungo*, p. 25). Aunque su amo no le pagaba nada, le compraba ropa y le daba comida (*Juyungo*, p. 24) o mejor dicho le nutría como una madre amorosa. Por desgracia, igual que muchas madres y figuras maternas de las dos novelas, Cástulo Canchingre también parece ser malhadado al ser atacado y asesinado de una manera cruel y violenta en una emboscada.

Después Ascensión se encuentra con los Cayapas, una tribu de indios que también pueden llamarse figuras maternas especialmente el cacique, Francisco. Bajo la enseñanza y guía de los Cayapas Ascensión se iba adaptando a su vida. No se debe olvidar tampoco a los dos compañeros

de Mauro, quienes le servían de madres fuera de la casa. Macabeo el joven criollo le enseñaba a Mauro muchas cosas prácticas del campo incluso enlazar y manear un ternero y montar a caballo. Para Mauro ‘la vida ... cobraba un encanto nuevo’ (*Espejo*, p. 60). Marino Pita, o Pito como le apodaban sus condiscípulos, guió a Mauro en salir a vagar por muchas partes de la ciudad e igual que Macabeo, le ‘instruyó a Mauro en muchas cosas que la escuela no enseña’ (*Espejo*, p. 42).

El encuentro de Ascensión con María de los Angeles Caicedo, una joven blanca, no es sólo una manifestación de machismo, sino también un ejemplo de confrontación, oponiendo el ‘supuesto negro inferior y sumiso contra el superior y dominante blanco’. Sólo después de experimentar y compartir momentos de dolor y sufrimiento, alegría y felicidad, descubre Ascensión que él está verdaderamente enamorado de María. Sin embargo, cuando los dos se conocieron por primera vez, Ascensión no podía más que justificar su atracción a María como venganza de los blancos humillando sexualmente a esta joven blanca, quien de este modo llega a ser el objeto de su frustración y rabia reprimida. Igual que Ascensión, María no es motivada por el amor al primer contacto, sino más bien por un intento de satisfacer su curiosidad sobre los misteriosos poderes sexuales de los hombres negros.¹⁵

Desde un punto de vista sentimental, la maternidad se considera un tropo para la moralidad.¹⁶ Sin embargo el encuentro sexual de María y Ascensión no tiene nada que ver con la noción de moralidad. Por otra parte su encuentro será un mal agüero lo mismo que las circunstancias que precedían el nacimiento de Mauro. Además, por desgracia María también como doña Luz es la fuente de caos y desunión por sus relaciones sexuales con un negro; la maldición sobre el útero y la reproducción por eso se aplica igualmente a María. No es de extrañar pues que cuando nació el hijo de María ‘Una lechuza agorera chirriara tres veces estridentemente’ (*Juyungo*, p. 200).

La madre, María Caicedo, y Delia que ha de ser madre, son dos figuras trágicas cuyas tragedias se asocian con su estado de maternidad. Un paralelo irónico de esta trayectoria catastrófica resulta de las muertes inesperadas de las dos protagonistas. Es decir, la muerte física de Delia y la muerte mental y espiritual de María Caicedo. El bebé de Delia es nacido muerto y Delia misma está enterrada viva con su bebé muerto. La pobre Delia lucha por escapar y librarse de la tumba pero nadie la oye y luego ella se muere. El hijo de María se murió en un incendio causado por enemigos de Ascensión. Se dice que la muerte de un niño es una pérdida doble, una pérdida del niño y de sí misma.¹⁷ Por el choque y horror a la muerte de su hijo, María se volvió loca. Cuando Ascensión regresa del monte se da cuenta de la tragedia y se queda estupefacto al ver a María, todavía con su instinto materno, ‘acariciando con maternal solicitud un pedazo de madera’ (*Juyungo*, p. 225).

Don Manuel, amante de Ruth, una vez le sugirió a Mauro que quisiera ser su padrino. Sin duda él criticaba el ambiente matriarcal de Mauro porque quería cambiarlo 'para hacerlo un verdadero hombre' (*Espejo*, p. 59). Desgraciadamente Claribel no podía rechazar la crianza ofrecida por su padre que sustituía la imagen de su hija con la de su antigua esposa, Virginia. Para borrar los recuerdos de amor filial, don Manuel le mintió a Claribel diciéndole que su madre se había muerto. La pequeña Claribel era demasiado joven para entender el concepto de la muerte y en cuanto le tocaba a ella, sólo amaba a su padre, su héroe. A don Manuel le gustaba 'atenderla y guiarla en sus intimidades, cambiarle su ropa interior y satisfacer todos sus gustos y caprichos infantiles' (*Espejo*, p. 73). Aunque don Manuel era su padre y servía de madre a Claribel, fue motivado casi enteramente por lujuria y deseos eróticos. Muchos años después, cuando Claribel regresa de los Estados Unidos, don Manuel traiciona el amor y la confianza de Claribel violándola. Sin mostrar vergüenza, al seducirla don Manuel piensa 'Es igualita a Virginia, sus mismos pechos, su vientre, todo es igual' (*Espejo*, p. 147). Este asunto ultrajoso de don Manuel y Claribel representa un ejemplo trágico del abuso de la dominación patriarcal sobre la crianza de una hija.

Cristobalina, otro tipo resuelto y agresivo, es una representativa figura maternal en la novela, *Juyungo*. Tal vez más que solamente maternal, don Cristo, como la llaman sus amigos, es un tipo celestinesco además de ser madre o más bien madrina. Don Cristo posee muchas calidades admirables por las cuales las mujeres así como los hombres la respetan. Sin duda alguna, el ejemplo más obvio del amor y compasión maternal de don Cristo es el cambio irónico hacia el final de la novela – María Caicedo, en su locura, se parece a una niña impotente cuidada por don Cristo. Las dos, doña Luz y don Cristo parecen tipos paralelos que son tan semejantes pero tan diferentes a la vez. Ambas protagonistas se retratan casi asexualmente; doña Luz está separada de su esposo; don Cristo ha enviudado tres veces y ahora la consideran un gafe para cualquier hombre que tenga interés. Todas las otras madres en las dos novelas parecen mostrar características tradicionales o estereotipadas sin que Ortiz intente mucho librarlas de sus moldes.

Relacionada con los papeles de madre es la esperanza de los personajes femeninos de llegar a ser madres, procrear y así realizarse a sí mismas además de cumplir con sus destinos. María Caicedo, en su relación con Ascensión, tiene otro deseo junto con su curiosidad femenina y deseo sexual dándose cuenta de que Ascensión 'era un hombre fornido que la satisfacía y podía darle también un lindo zambito, alto y fuerte' (*Juyungo*, p. 89). Paradójicamente, el deseo por maternidad es más anhelado por Ruth, la cual aunque tiene 44 años, todavía contempla ser madre y tener hijos a pesar de los peligros y realidades médicos, verdades que son ineludibles. Delia, la figura malhadada y trágica, parecida a la famosa

Yerma de Lorca, está preocupada y obsesionada con la expectativa de maternidad. Delia cree que ella 'había cumplido con su destino de mujer y cumpliría a carta cabal su función maternal' (*Espejo*, p. 138).

Otro punto de vista es el de los hombres cuyas ideas reflejan las esperanzas u opiniones de los padres. Por ejemplo, Ovidio el amante de Delia y el padre de Mauro estaba de acuerdo con Delia sobre las dificultades que tendría su hijo en la vida por ser ilegítimo. Aunque a Ascensión le fascinaba y anticipaba con entusiasmo un bebé, se preocupaba por saber si sería niño o niña. Decidió que quería una mujercita porque las chiquitas son tan bonitas (*Juyungo*, p. 198). Pero nació un machito y no una hembra. Aunque no era supersticioso, temía que algo malo sucediera 'porque la naturaleza les había fallado' (*Juyungo*, p. 201). A diferencia de Ascensión, Antonio rechazó la idea de Eva que quería un bebé y le dijo que ella tenía que abortarlo. Al preguntarle si es un pecado dar de luz a hijos, Antonio responde que sí, con tal que no sean negros ni mulatos. Antonio explica que no quiere que su hijo sufra lo que él ha sufrido. También él mantiene que su generación comienza y termina consigo mismo (*Juyungo*, p. 253). Aún al depravado don Manuel le encanta la idea de su hija con bebés y se pregunta cómo se sentiría ser abuelo.

En contraste con la novela, *El espejo y la ventana*, el tema de maternidad en *Juyungo* también se desarrolla en un nivel mítico o espiritual como por ejemplo la metáfora del río que supone varios diferentes valores figurales. Jonathan Tittler, en su discusión de "La traducción como metáfora, el tiempo como un río", concluye con la descripción siguiente del río: 'Su tercer papel metafórico es maternal, nutriendo a Lastre sin madre y ofreciéndole socorro'.¹⁸ El río descrito por Ortiz asume una dramática calidad poética que engrandece la imagen metafórica: 'El río era su madre, su caballo, su amigo, devolvedor de la tranquilidad' (*Juyungo*, pp. 82-83).

Casi sin excepción todas las mujeres en *El espejo y la ventana* estiman su complicación sexual con los hombres como un posible prelude al matrimonio o a una relación estable y duradera. Por otra parte, en *Juyungo*, las mujeres generalmente ceden a las insinuaciones amorosas de los hombres sin pensar en aventuras futuras ni en una asociación más significativa. A causa del más alto nivel social e intelectual, muchas mujeres en *El espejo y la ventana* revelan sus frustraciones y su incapacidad de articular sus problemas. Quizás Ruth identifica más el dilema al reflejar filosóficamente sobre las injusticias contra las mujeres y al mismo tiempo ella hace una súplica apasionada por la liberación de las mujeres y por igualdad: 'Pobre Delia [su hermana], es una chica un poco rara que se cree muy fea y que sufre por ser solterona. Las mujeres deberíamos ser más libres, y no estar sometidas al código moral de los hombres' (*Espejo*, p. 145).

En resumen, el tema de la maternidad en las novelas *Juyungo* y *El espejo y la ventana* se presenta de varias formas y con diferentes perspectivas. Además de presentar los ejemplos tradicionales de esas madres que cuidan y crían a sus hijos también Ortiz describe a las madres que luchan contra dificultades y fuerzas superiores y abrumadoras para sobrevivir y proteger a sus hijos. En vez de concentrarse en la paz y armonía de un ambiente ideal, Ortiz se ha aprovechado de los aspectos menos convencionales, como por ejemplo las tragedias que les suceden a algunas protagonistas en ambas novelas. Frecuentemente asociado con el tema de la maternidad es el de la explotación y la inmoción de la mujer. Las dos novelas claramente retratan a las mujeres inferiores en un mundo orientado al hombre, lo cual representa una realidad dura pero verdadera. Aunque casi todas las mujeres son unidimensionales y desempeñan papeles secundarios, de vez en cuando en el mundo novelesco de Adalberto Ortiz se vislumbran unas cuantas madres y figuras maternas, tales como doña Luz, don Cristo y Ruth, cuyas actitudes y acciones revelan ciertas calidades que las destacan como personajes inolvidables.

NOTAS

- ¹ Marcia Wells en su ensayo, "The Changing Face of Woman in Latin American Fiction", observa que 'la representación de la mujer en la literatura latinoamericana del siglo XX por los novelistas varones es un caso diferente de su representación por novelistas femeninas. La descripción de mujeres por autores masculinos tiende hacia estereotipos fáciles, trazados más desde la dimensión del mito que la de la realidad', en *Women in Hispanic Literature: Icons and Fallen Idols*, ed. Beth Miller (Berkeley: University of California Press, 1983), p. 280.
- ² Adalberto Ortiz, *El espejo y la ventana*, 2ª edición (Guayaquil: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1970), p. 9. El crítico, John S. Brushwood, *The Spanish American Novel: A Twentieth-Century Survey* (Austin: University of Texas Press, 1975), concluye que el título, 'el espejo y la ventana', sugiere la combinación de una búsqueda interior y una preocupación exterior que forman la base de la novela. Esta conclusión explicaría más el punto de vista narrativo escogido por el autor para presentar la etapa prenatal de la maternidad. También según John Brushwood esta técnica del foco disminuido recuerda 'las películas breves que se basan en las novelas de relaciones humanas', p. 301.
- ³ Adalberto Ortiz: *Juyungo: Historia de un negro, una isla, y otros negros* (Buenos Aires: Editorial Americalee, 1943. Reimpresión, Barcelona: Seix Barral, 1983). Trad. Susan F. Hill y Jonathan Tittler, *Juyungo: A Classic Afro-Hispanic Novel* (Washington, D.C.: Three Continents Press, 1982).
- ⁴ En Eva Lloyd, Ann Phoenix & Anne Woollett (eds.), *Motherhood: Meanings, Practices and Ideologies. Gender and Psychology* (London: Sage Publications, 1991), p. 6.

- ⁵ Jean F. O'Barr, Deborah Pope y Mary Wyer (eds.), *Ties that Bind: Essays on Mothering and Patriarchy* (Chicago & London: The University of Chicago Press, 1990), al comentar el tema de la maternidad, observan: 'Motherhood is arguably the most profound life transit a woman undertakes, the deepest knowledge she can experience. Whether her point of departure is biological or not, mothering is a journey that forever alters and marks a woman's private and cultural condition. It is intensely personal, overwhelmingly private [...] Over the past two decades, few have investigated the institution and experience of mothering with more care, urgency, and insight than feminist scholars [...] Their dialogue is intense, their insights, challenges and interconnections a testament to the depths of the material to be sounded, no less than to the passion the subjects provoke' (p. 1).
- ⁶ En Joyce Trebilcort (ed.), *Mothering: Essays in Feminist Theory* (Totowa, N.J.: Rowman & Allanheld, 1984), p. 186.
- ⁷ Harriet Marshall en su ensayo, "The Social Construction of Motherhood: An Analysis of Childcare and Parenting Manuals", en *Motherhood: Meanings, Practices and Ideologies*, eds. Eva Lloyd, Ann Phoenix & Anne Woollett. Gender and Psychology (London: Sage Publications, 1991), p. 71, explica la diferencia entre lo que se llaman los "blues" que muchas mujeres experimentan y el tipo de depresión que dura por mucho tiempo. Según Harriet Marshall, sin duda hay "different emphasis and genesis on 'real', long lasting depression, which is described as an illness necessitating consultation with a doctor'.
- ⁸ El esposo y los dos hijos de doña Luz se habían quedado en Esmeraldas mientras el resto de la familia se fue a Guayaquil. También, el esposo de Elvira la abandonó y se quedó en Esmeraldas.
- ⁹ *Women in Hispanic Literature*, p. 227.
- ¹⁰ Sacvan Bercovitch critica y analiza la descripción que Nathaniel Hawthorne escribió en "Chiefly About War Matters," en la cual la *Mayflower* representa 'the fated womb which in its first labor brought forth a brood of Pilgrims on Plymouth Rock, and, in a subsequent one, spawned slaves upon the Southern soil, a monstrous birth, but one with which we have an instinctive sense of kindred', en Stephanie A. Smith, *Conceived by Liberty: Maternal Figures and Nineteenth-Century American Literature. Reading Women Writing* (Ithaca: Cornell University Press, 1994), p. 16.
- ¹¹ Stephanie A. Smith, *Conceived by Liberty*, p. 16.
- ¹² Wilkins en su ensayo, "The Picaresque Connection in the Novel, *Juyungo*, by Adalberto Ortiz", *La Chispa 87: Selected Proceedings*, ed. Gilbert Paolini (New Orleans: The Eighth Annual Conference on Hispanic Languages and Literatures, Tulane University, 1987), p. 321: interpreta el nombre del protagonista principal: 'Adalberto Ortiz has chosen carefully and, I suspect, intentionally the name for his main protagonist, Ascensión Lastre, as a thematic and symbolic device. Ascensión, by definition, means ascension, a rising; and Lastre may signify ballast, dead weight, or a useless thing. Therefore, in a figurative sense the words *ascensión* and

lastre may refer to Ascensión's changing and inconstant fortune'.

- 13 Heanon M. Wilkins, "The Picaresque Connection in the Novel, *Juyungo*, by Adalberto Ortiz" (p. 318), hablando de la semejanza de la novela *Juyungo* con la novela picaresca comenta: 'It is significant that much of the first half of *Juyungo*, with respect to its structure and character portrayal, closely parallels the picaresque novel, a literary genre indigenous to Spain. The protagonist, Ascensión Lastre, continues in the tradition of such *pícaros* as Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, don Pablos, and from more recent times, Pascual Duarte. Like Ascensión, these famous *pícaros* are all outsiders, forming a minority and trying to survive in a hostile and unsympathetic society. Notwithstanding existing conventions as well as modifications in form, picaresque narrative themes are common and basic to all works characterized as outsider literature'.
- 14 Heanon M. Wilkins, "The Picaresque Connection in the Novel", p. 319.
- 15 Richard Jackson afirma que 'el papel sexual de María es fundamental en la novela y en la evolución del desarrollo de Lastre [de Ascensión] ya que da el más fuerte ímpetus a su aceptación más tolerante de los blancos', *Black Writers in Latin America* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1979), p. 125. Sobre el mismo tema, John Brushwood señala la conciencia racial como una parte inseparable de los impulsos sexuales de Ascensión y él concluye que 'la mujer blanca es deseable porque ella es prohibida; la mujer negra lo es porque sus calidades femeninas se consideran superiores', *The Spanish American Novel: A Twentieth-Century Survey*, p. 147.
- 16 Stephanie Smith describe el símbolo materno: 'Most critics of Anglo-American nineteenth-century culture and literature speak to the enormous, if paradoxical, pressure put on maternal iconography as emblematic for a stable, unfractured morality. It would be hard indeed for any sustained consideration of nineteenth-century cultural practices in the United States not to comment on the degree to which maternal iconography signaled utopian perfection, making 'mother' a sacred, natural symbol of perfect, reciprocal relations. This symbol served as a self-regulating model for social and familial community and a source of creative generation', *Conceived by Liberty*, p. 3.
- 17 Stephanie Smith, p. 91.
- 18 Jonathan Tittler, "La traducción como metáfora, el tiempo como un río", p. 218.

